

LA FILOSOFIA, SEGÚN THOMAS NAGEL.

Nagel, Thomas (1986): *The View from Nowhere*. Oxford University Press.

Nagel, Thomas (1987): *What Does It All Mean? A Very Short Introduction to Philosophy*. Oxford University Press.

Nagel, Thomas (1995): *Other Minds. Critical Essays 1969-1994*. Oxford University Press.

Nagel, Thomas (1997): *The Last Word*. Oxford University Press.

La metáfora del 'hilo conductor' se presta perfectamente para abordar la obra del filósofo estadounidense Thomas Nagel (1937-), nacido en Belgrado, Yugoslavia –hoy Serbia. En efecto, exhibe una identificable y sostenida preocupación que recorre cada uno de sus libros, aunque en cada caso los énfasis puedan estar puestos en unos u otros problemas. Se trata, sin rodeos, de la elaboración de una postura que tanto en materia de epistemología como de ética responda satisfactoriamente a los desafíos filosóficamente erosionadores del relativismo y el subjetivismo; postura que, como él mismo lo declara, constituye una defensa de la razón y del realismo.

Formado en Cornell, Oxford y Harvard, Nagel enseña actualmente en la Universidad de Nueva York, en los ámbitos de la filosofía y el derecho. Reconoce deudas intelectuales con pensadores y colegas que conforman una auténtica pléyade intelectual: John Rawls, Saul Kripke, Robert Nozick, Ronald Dworkin, o Bernard Williams. Admite su inclusión en la filosofía analítica anglosajona, aunque esa admisión no sea de mucha precisión para un lector inadvertido dada la variedad de planteamientos que ese movimiento implica. Lo que sí resulta preciso es que Nagel no cree que los problemas filosóficos se reduzcan a equívocos lingüísticos, o que resulten de inventar respuestas artificiosas para salir del "cautiverio histórico" (así llama Nagel al relativismo histórico-cultural), o que constituyan meros enmascaramientos de cuestiones de poder. Sus principales elaboraciones sobre estos temas están contenidas

principalmente en libros como "The View from Nowhere" (1986), "What Does it All Mean" (1987), "Other Minds" (1995), y "The Last Word" (1997).

El peligro fundamental que está implicado en el relativismo y sus aliados naturales (el subjetivismo y el escepticismo) es que niegan la trascendencia de la razón y no nos ofrecen otra alternativa que el irracionalismo. La trascendencia de la razón consiste, lisa y llanamente, en la posibilidad de ir más allá, escaparse, salir o distanciarse de las opiniones recibidas, los hábitos y creencias de nuestra comunidad y las peculiaridades de nuestra perspectiva personal (1997, 3). El relativismo niega que esto sea posible. En consecuencia, aquí radica la cuestión central.

Pero Nagel está convencido que no basta con afirmar la trascendencia de la razón con mayor o menor vehemencia. Es necesario elaborar esa afirmación y la ruta que él bosqueja tiene dos niveles de desarrollo. De una parte, se requiere argumentar que todos los planteamientos relativistas y escépticos sólo pueden formularse en el ámbito de las razones porque, si no, ¿cómo podrían siquiera formularse? En consecuencia, no pueden escapar a la evaluación racional y, a la vez, prueban que la trascendencia es posible. Esta argumentación es, por cierto, un rasgo común de las posiciones racionalistas en la filosofía reciente; un ejemplo de ello es John Searle quien, explícitamente, afirma que la racionalidad es, precisamente, la condición de posibilidad para desarrollar argumentos, formular contra-argumentos, defender o atacar formulaciones de uno u otro orden (2003); otro ejemplo es Bernard Williams (2002). En "The Last Word" (142), Nagel escribe: *"Una vez que se ha perdido la inocencia y ha empezado la conciencia reflexiva, no hay vuelta atrás a una concepción meramente biológica de los propios pensamientos, en general –ni una concepción meramente psicológica, o sociológica, o económica, o política. Todas estas formas externas de comprensión son ellas mismas ejemplos de pensamiento y, al final, cualquier comprensión que podamos alcanzar de la contingencia, la subjetividad, y la arbitrariedad de nuestros deseos, impresiones, e intuiciones (estén o no acompañadas de aceptación) tienen que depender de pensamientos que no están así cualificados –pensamientos cuya validez es impersonal y la petición de que los aceptemos descansa solo en su contenido"*.

Por otra parte –y esta dimensión tiene un aspecto constructivo ineludible– Nagel sostiene que hay que defender la posición realista formulando claramente los problemas a los que puede de hecho responder. En el inicio

mismo de la introducción a *"The View from Nowhere"* (1996, 11, versión del Fondo de Cultura Económica), Nagel declara: *"Este libro trata de un solo problema: cómo combinar la perspectiva de una persona particular que se halla dentro del mundo con una concepción objetiva de ese mismo mundo, incluidos la persona y su punto de vista"*. Trascender el punto de vista particular y desarrollar una conciencia más ampliada permite aumentar la comprensión del mundo y de nosotros mismos, incrementando la libertad de pensar y de actuar. Así, transitamos progresivamente desde un punto de vista inicial. De ahí que Nagel llame a la objetividad, "un método para comprender". La objetividad supone, pues, un proceso gradual de distanciamiento desde una perspectiva más subjetiva e individual. Dice Nagel: *"Una cosa es reconocer las limitaciones que se derivan de manera ineluctable de ocupar una posición particular en la historia de una cultura, y otra convertirlas en lo contrario adoptando un historicismo que dice que no hay otra verdad que la que es interna a un punto de vista histórico particular"*. Se sigue de aquí que carece de sentido pretender que, por ejemplo, la lógica pueda ser desplazada y hasta reemplazada por la antropología; o que la física pueda ser desplazada y hasta reemplazada por la sociología.

En suma, y de una buena vez, se trata de elaborar una comprensión general de la realidad, que nos incluya a nosotros mismos –puesto que nosotros mismos somos quienes podemos desarrollar semejante comprensión. Pero la condición esencial de este esfuerzo de comprensión posible de desarrollarse no puede depender del hecho que se trate de nosotros mismos en tanto puntos de vista particulares. En palabras del propio Nagel: *"Dada mi perspectiva personal experiencial, ¿cómo puedo formarme una concepción del mundo en la que éste sea independiente del hecho de que yo lo perciba?"* (1996, 43).

Se trata, en consecuencia, de un viaje hacia fuera de nosotros mismos que es, por cierto, *nuestro* viaje. En uno de los giros más inesperados de su postura, Nagel sostiene que este viaje recién ha comenzado. De hecho, considera extravagante la visión de que ya poseamos hoy los conceptos o las formas de comprensión requeridas para entenderlo todo; al modo, por ejemplo, de las tesis de un final de la ciencia sobre la base de una completación y cierre definitivo de las teorías que explican la realidad. Muy por el contrario, Nagel piensa que nos hallamos en los inicios de este viaje, afirmación que determina también un futuro para la filosofía. Esta tesis, poco común en el escenario

intelectual contemporáneo –tan dado a declarar fines de época y clausuras históricas de todo tipo- encuentra su correlato en el ámbito de la ciencia en las ideas de Alan Cromer; para este físico, la ciencia es un fenómeno de sentido no común y de desarrollo reciente. Así, Cromer puede hablar de la juventud de la ciencia (1993).

A la postura que asegura la posesión de las comprensiones definitivas, Nagel opone la experiencia de comprensiones sucesivas que suponen avances en la objetividad. Las formas ya existentes de comprensión pueden convertirse en objeto de una nueva forma de comprensión que las incluya, en el dificultoso proceso de distanciamiento respecto de las situaciones originales. En consecuencia, sólo la objetividad puede dar sentido a la idea de progreso intelectual. Nuestro filósofo resume, en fin, el sentido de este distanciamiento: *“No obstante, es hacia donde nos encaminamos: a una liberación gradual del yo objetivo latente, atrapado inicialmente tras una perspectiva individual de la experiencia humana. La esperanza consiste en desarrollar una perspectiva imparcial que pueda coexistir con la del individuo y abarcarla”*. (1996, 125)

No carece de interés, complementariamente, consignar algún rasgo de la actitud intelectual general de Nagel. Decididamente, no se siente en absoluto representado por la filosofía de moda (“filosofía fácil”, la llama) producida por figuras mundialmente famosas. Él piensa que se trata de aficionados y repudia los efectos de este pensamiento superficial en las humanidades y las ciencias sociales. Cree que sólo una academia seria y sólida puede ser el refugio apropiado para la tarea de pensar en términos respetables el oficio de *“..hacer preguntas, argumentar, probar ideas y pensar argumentos en contra de ellas..”* (1987, 4). Para nada dado a la modalidad del intelectual como figura pública, Nagel reconoce admirar a pensadores como Searle o Dworkin, a quienes atribuye el estómago y el talento para enfrascarse en polémicas encendidas.

Cualesquiera sean sus opciones en estas materias, el hecho es que Nagel ha producido hasta aquí una obra digna de crédito, carente de aspavientos y giros retorcidos. Dueño de una apasionada serenidad, ideas nuevas y otras no tan nuevas adquieren en su reflexión una vívida fuerza intelectual. Dicho de una buena vez: no se puede dejar de leerlo.

Referencias.

Cromer, Alan (1993): *Uncommon Sense: The Heretical Nature of Science*. New York: Oxford University Press.

Searle, John (2003): *La Universidad Desafiada. El Ataque Postmodernista en las Humanidades y las Ciencias Sociales*. Santiago: Bravo y Allende Editores.

Williams, Bernard (2006): *Verdad y Veracidad*. Barcelona: Tusquet Editores.